

della; é por esto, non puedo yo creer que fué por otra cosa sinon por vuestra flaqueza, que seyendo tantos é tan buenos como decís que érades, no hay gente en el mundo que non debiéredes vencer.» Cuando Corvalan esto hobo dicho, Zuleman, que entendió bien la razon, fué tan sañudo, que mas non podía ser, é respondiólo así bravamente é á muy grandes voces: «Corvalan, vos habláis como hombre que está seguro é non siente lo que nos sentimos; que vos non habeis rescibido ningun daño de los cristianos, é esto fué por merced que os hizo Dios; que no quiso que vos hallásedes con la buena gente dellos; mas trájovos á las manos otra vil gente é mezquina de que hicistes á vuestra voluntad; demás, sois señor de quanto tiene el Soldan, é mandáis é vedáis en toda su tierra mas que él mesmo, é de toda vuestra tierra non habeis perdido nada. E por todos estos vicios é honras que vos habeis, no os doleis ni dáis nada por los males que nosotros rescebimos; é yo lo juro á Dios é á mí ley, que si vos acaesce que vos halléis en un camino con los cristianos que yo dejé sobre Antioca, que mas de grado querriades ser en vuestra tierra que haber todo el señorío del Soldan.» Cuando esto hobo dicho Zuleman, Corvalan, que era hombre mucho honrado é de gran corazon, tóvose por injuriado, é quisíerale herir ó responder bravamente. Mas Barhadin, que era hijo del Soldan, detóvolo é non quiso que lo hiciese. E sobre esto el gran Soldan mandó que callasen todos, é comenzó su razon en esta manera: «Zuleman, yo bien he entendido lo que vos dijistes, é otrosí lo que dijo Zaifadola, hijo de Arquilis, rey de Antioca; é pues que yo entiendo la cuita en que él está, é entiendo quanto menester ha mi acorro, é conozco bien que si non se lo envío, que puede él rescebir muerte, é é cuantos con él son, é nuestra ley menoscabarse ha perdiendo tan gran tierra é tan buena como aquella es, yo vos digo que iré por mi persona mesma, é levaré toda la gente que pudiere levar.» Cuando el Soldan esto hobo dicho, Barhadin, que era su hijo, así como ya oistes, levantóse é dijo á su padre que las palabras que él decía que eran de muy buen señor é de muy gran corazon; pero que non convenia á él de hacer aquel hecho por su persona, lo uno porque era hombre de grandes dias, é lo otro porque Dios le diera á él por hijo, que era ya grande é le podría en ello servir mas que otro hombre ninguno; otrosí, porque aquel era el primer don que nunca le pidiera, que le rogaba que en todas las maneras del mundo gelo otorgase; que en aquella señaladamente entenderia que tenia gana de le hacer bien é honra.

## CAPITULO LXVIII.

Cómo el Soldan concedió á su hijo lo que le rogaba, é cómo escribió cartas por toda su tierra.

Sin dubda fué muy ledo el Soldan cuando hobo oido la razon que le dijo su hijo, é cuantos allí estaban, é por consejo del Califa é de muchos hombres honrados que habia en su corte, otorgó á su hijo que fuese aquel camino. Mas, porque era muy manco é que nunca se viera en grandes hechos ni en peligro de armas, dióle á Corvalan por guarda, é mandóle que non hiciese él sinon lo que Corvalan le mandase. E luego mandó hacer cartas

para todos los reyes é almirantes que eran en su señorío. E eso mesmo hizo para todos sus vasallos é sus amigos, en que les envió á decir el gran daño que habia recibido toda la ley de Mahoma. Otrosí cuán maña tierra habian ganado los cristianos, é la muy gran gente de moros que mataran en ella; é demás desto todo, cómo era Antioca cercada, é cómo estaba para se perder, é cómo enviaba á su hijo el mayor que la acorriese, porque les rogaba é les mandaba que veniesen en su ayuda é fuesen con su hijo, é él que lo ficiese, que le daría mas tierra é mas haber de lo que ante tenia. E á los que non lo quisiesen hacer, que supiesen por cierto que les haria degollar, é les tomara sus haciendas é tierras. E desto no les puso plazo mas de seis semanas. Tantas fueron las cartas é los mensajeros que les envió, que non quedó hombre bueno de armas, desde el mar Mediterráneo hasta la otra mar mayor, que es á la parte de oriente, que todos non veniesen allí, los unos á aquel plazo, é los otros á cabo de dos meses.

## CAPITULO LXIX.

Cómo el gran Soldan dió su hijo á Corvalan ante el Califa, é cómo le dijo que, muerto ó vivo, gelo trujiese, é que veniese dende á tres semanas por él; é de lo que respondió á su hijo del rey de Antioca.

Habeis de saber que cuando el Soldan hobo enviado sus mensajeros é sus cartas, llamó á todos los hombres honrados que eran con él, é ante el Califa tomó á su hijo é dióle á Corvalan, con tal condicion, que muerto ó vivo gelo trujiese. E si non, que el Soldan hiciese justicia dél, tan bien en el cuerpo como en lo que hobiese. E recibiólo Corvalan con tal condicion, que lo guardaría así como á sí mesmo é mas. Cuando esto hobo hecho mandó á Corvalan que se fuese á aparejar, é que dende á tres semanas veniese por su hijo; é mandóle, otrosí, que hiciese guiar é poner en salvo á aquel hijo de Arquilis, rey de Antioca, é dijo así ante todos á Zaifadola que le saludase á su padre, é que le dijiese que le pesaba mucho del mal que habia recibido, é que punase en defenderse; que él le enviaba el mayor acorro de gente que nunca fué enviado á otro hombre, é demás, que le enviaba á su hijo mayor, é con él á Corvalan, que era su alguacil é el mas honrado rey de su señorío. E que tanta era la gente que estos levarian, que non tan solamente matarian á aquellos cristianos que yacian sobre Antioca, mas que pasarian la mar é destruirian los otros que por el mundo fuesen do quier que los hallasen; é despues que esto hobo dicho, dióle una gran seña, é mandóle que la pusiese encima de la mas alta torre del alcázar de Antioca; é dijole así: que bien sabia que en viéndolos los cristianos, que se irian de ahí é que non osarian mas estar; porque la tuviera tres dias é tres noches en Meca sobre el sepulcro de Mahoma. Dióle, otrosí, á Zaifadin, que era soldan é era de una tierra á que llamaban Hormaísa; á quien mandó que entregasen por él el alcázar de Antioca, é desde que les esto hobo dicho mandólos que se fuesen. E él tovo consigo á Zuleman é los otros que vinieran con él, para enviarlos con su hijo.

## CAPITULO LXX.

Cómo Corvalan, despues que se partió del Soldan, se fué para Oliferna, á su madre, é del sueño que soñó.

Nuestra presente historia cuenta que, cuando Corvalan fué partido del soldan de Persia, que anduvo tanto por sus jornadas, que vino á Oliferna, que era una de las mayores cibdades que él habia, que era cabeza de toda su tierra. Por eso tenia allí su madre é sus mujeres é todos sus tesoros, que eran muy grandes á maravilla. E luego que llegó, envió por todos los hombres de su señorío que veniesen á él, apercebidos de guerra para seis meses de todas las cosas que hobiesen menester, é púsoles dia señalado á que fuesen con él todos; é el plazo fué tan pequeño porque se pudiesen tornar para el hijo del Soldan, con quien hobiese de ir. E mandó pregonar, otrosí, que á todos aquellos que veniesen á él aderezados de caballos é armas daria su sueldo é les repartiria sus haberes muy largamente, é todo esto hizo luego que llegó, ante que viesse á su madre ni á sus mujeres, ni tan solamente decendiese á la mezquita á hacer oracion; que él era hombre de gran hecho é de gran corazon é que habia voluntad é placer de cumplir lo que su señor le mandara, é por eso quiso antes todas las otras cosas postponer que aquello; é luego que lo hobo hecho, fué á hacer oracion á la mezquita, é tambien fué á ver á la reina Halabra, su madre, de quien os ya dijimos en otros lugares que era muy leida é de muy gran saber. E despues que lo hobo abrazado mucho, é hecho con él tan gran alegría como hace madre con su hijo, preguntóle cómo venia á tan gran priesa, é él dijole que era ya tiempo de comer, mas que despues á las viéperas gelo contaria. Corvalan tovo gran corte aquel dia, é hízose servir mucho honradamente, ca era hombre mucho abastado de todas cosas, é demás sabialo mandar hacer muy suntuosamente, é supo hacer gran honra á Zaifadola, que venia con él por mandado de su señor el Soldan. E cuando hobieron comido, mandó dar de sus tesoros gran haber á todos aquellos que estaban aparejados para ir con él, é luego á poca de hora tomó á Zaifadola por la mano, é fué con él para la cámara do estaba la Reina, su madre, é hízole ante ella contar el grande daño que habian hecho á los moros la hueste de los cristianos desde que pasaran por Constantinopla hasta la razon que aquel hijo del rey de Antioca veniera al Soldan á pedirle acorro; é hizo tambien á Zaifadola que mostrase á su madre las armas que traian los cristianos, é esto fué un lorigon fasta el codo, é una espada luenga é desportillada de los golpes que dieran con ella, é bien tinta de sangre, é en aquellos portillos é lugares habia pedazos de huesos de cabezas é cabellos dellas. E mostróle un hierro de lanza luengo é bien agudo, é como quier que estuviese orientado, bien parecia que fuera ensangrentado; é aun sin todo esto, le mostró cuatro saetas, la una de ballesta de estribera é la otra de dos piés, é las dos de torno. E cuando todo esto hobo mostrado Zaifadola á la reina Halabra, Corvalan otrosí le contó de cómo llegara Zaifadola al soldan de Persia, su señor, é cómo le dijiera todas aquellas palabras que allá habia dicho, é aun mas, é cómo le mostrara aquellas armas que á ella habia mostrado;

é sobre eso, cómo viniera Zuleman, con otros hombres honrados, é cada uno cómo mostrara el mal que habia rescebido, é cómo le pidieran merced que acorriese á Antioca, que si aquella se perdiese, todo el resto era perdido; é aquel soldan, cuando esto oyera, que hobiera muy gran pesar, é cómo tomara consejo con el Califa, que era hí, é con él mesmo é con todos los otros hombres honrados de su corte; é que todos le consejaron que hiciese aquel acorro en todo caso lo mas poderosamente que él pudiese; é cómo enviara luego el Soldan sus mensajeros é sus cartas por todo su señorío, á sus parientes é á sus amigos é á sus vasallos que fuesen en aquel acorro, é del muy pequeño plazo que les pusiera, é porqué él era viejo é cansado, é non podia ir en aquel acorro, que mandó á su hijo que fuese en su lugar, é que lo dió á él mesmo en guarda, que gelo tornase vivo ó muerto; si no, que perdiese el cuerpo é lo que tenia, é cómo lo ficiera señor de toda su hueste; é porque habia de ser con el Soldan muy presto para mover con su hijo, por eso viniera tan apresuradamente. Por lo cual le rogaba é le pedia merced, como á madre é á señora, que le acorriese con su consejo é tesoro, ca todo lo habia menester para tan gran hecho como aquel. Pero que esto no lo decía él porque toviese en nada los cristianos, ca bien sabia ella que muy gran gente dellos habia él muerto é preso aun no habia gran tiempo; mas decialo por el hijo del Soldan, que habia él de guardar, é otrosí acabdillar las huestes, en que habia menester gran consejo é gran riqueza. Cuando Corvalan hobo dicho sus razones, así como ya oistes, su madre la Reina estovo una gran pieza la cabeza baja, pensando; que ninguna cosa non le respondió. E ante que comenzase á hablar hinchieronse los ojos de agua; así que, non pudo tener las lágrimas, que por fuerza non le hobiesen á caer en tierra, é despues dijo con voz piadosa é muy dolorida: «Desde hoy mas vienen los tiempos é los dias que yo recelaba;» é dijiera otras palabras muchas, sino por Zaifadola, que estaba ahí, que no quiso que lo entendiese; é despues desto, dijo muy esforzadamente á su hijo Corvalan: «Tú eres uno de los mas honrados hombres que son en el mundo, tan bien entre cristianos como entre moros; é sin el gran merecer tuyo, eres muy temido, ca nunca tan gran hecho comenzaste, que lo non acabases muy bien; é porque este que dices que quieres hacer es el mayor que podría ser, por ende te ruego é te digo que llayas hí buen consejo ante que lo hagas; é yo, maguer só mujer de poco seso é de muchos dias, pensaré en ello de aquí á mañana, é pararé otrosí mientes por aquel saber que Dios me dió, é decirte he lo que entendiere.» Con estas palabras se partieron, é Corvalan levó consigo á Zaifadola é aposentóle mucho honradamente; é una parte de la noche estuvieron en acuerdo de cómo acorrieran á Antioca; é segun las palabras que Zaifadola dijo, tanto se esforzó Corvalan, que bien pensó que non habia sino luego que llegase á Antioca, que mataria é prenderia á todos los cristianos que hí hallase. E por ende, mientras ellos estaban cenando é bebiendo del vino á gran sabor, Corvalan comenzó á prometer á los hombres honrados que con él eran que les daria de aquellos cristianos que allí prenderia; é segun Zaifadola nombraba los nombres de los honrados hombres,

é decia las costumbres dellos, estaban departiendo cuáles tomara el Soldan para sí, é cuáles daria á Corvalan é á los otros reyes, é por consiguiente, decia Corvalan cuáles daria á aquellos que con él eran. E demientra en esto hablaban traianles manjares muy bien guisados, é adobados de pescados é de carnes, é frutas é vinos de muchas naturas; habia allí muchos juglares, los unos que cantaban, é los otros que tañian instrumentos, é hacian otras alegrías, é vélaron una gran pieza de noche, é despues fuése á echar Zaifadola á una cámara que le dieron, é Corvalan á la suya. E luego que se adormeció, dormió quanto el tercio de la noche, é comenzó á soñar un sueño que le duró fasta en la mañana; é fué este que toda el alegría é el esfuerzo que hobiera ante de noche se le tornara en miedo é en pesar; ca le parecia que se veia cerca de Roma, fuera de los muros de la cibdad, é mirábala toda en derredor, é veia los muros derribados en muchos lugares é ella mal poblada, é decia en su voluntad: «Bendito seas tú, Dios, que diste tal poder al tu santo profeta Mahoma, que esta villa que señoreaba todo el mundo fuese destruida por él.» E en diciendo esto, andábala en derredor mirándola é riéndose, é haciendo escarnio della, é diciendo á altas voces: «¡Oh tú, Roma! ¿qué fueron de los tus Césares, ante quien tremia toda la tierra; ó qué se hicieron las tus grandes huestes, á quien las alas de las aves no abastaban para pasarlas; ó qué fué del tu Pedro pescador, que decias, como en fabliella, que tenia las llaves con que abria el cielo é la tierra? Todos estos te fallecieron é te dejaron como desamparada porque non quiesse creer la palabra del mensajero de Dios; que si tú la creyeras, fueras tal como la noble cibdad de Baldac, ó como Alixandria, ó como Alcarrahuem, ó como Marruecos, que es cabeza mayor de Africa. Mas, por la tu soberbia, de señora que solias ser, eres hecha sierva, é de cabeza piés.» En tanto que él estaba esto diciendo, veia dentro en la ciudad, do es la iglesia mayor de San Pedro, moverse muy gran ruido, como de trueno, é levantábase un aire mucho espeso de dentro de la cibdad de Roma, é alzábase mucho alto; despues tendíase sobre toda la tierra, é íbase así alzando hasta que llegaba á las mas altas nubes; é desta manera iba muy quedo, cubriendo toda la tierra de los cristianos desde la mar de Occidente fasta la mar de media tierra, allí donde es aquel lugar que llaman la mar Adriana; é cuando allí llegaba, comenzaba á crecer, é volvíase con un nublado de agua bermeja muy espesa; é despues pasaba la mar cabo Constantinopla, allí do llaman el brazo de San Jorge; é al pasar salian de ahí truenos é pedrisco, é relámpagos é rayos, que destruían toda la tierra que es dicha Cecilia é la cibdad de Niquea, é toda la otra tierra que ha nombre Bitinia hasta la noble cibdad de Antioica; é allí derribaba el palacio mayor é el alcázar, que un punto no se detenia, é íbase destruyendo todas las tierras hasta que llegaba á Hierusalen; é allí parábase sobre la villa é mataba todos los moradores, que ninguno non quedaba á vida, grande ni pequeño; é cuando esto habia hecho, comenzaba una lluvia muy mansa, é cesaba con ella la tempestad; é despues veia encima de la torre de David un grifo tan grande, que cuando abria las alas cubria todo el reino de Hierusalen, é todas las

aves de aquel reino, grandes é pequeñas, echábanse ante él, las alas tendidas, como si le adorasen. E veia, otrosí, por los caminos tantos camellos desollados, que le parecia que non habia tantas ovejas en el mundo. Despues desto, veia un muy gran huego, donde llegaban las llamas bien hasta las nubes. E de allí salió un gran leon, é dejábase ir á él, é allí do estaba armado dábele tan grandes heridas de las manos en el escudo, que gelo fendia todo por medio, é derribábalo del caballo en tierra, pero non lo podia matar, porque estaba bien armado. E despues desto, venian siete mastines ovejeros, muy grandes é muy bravos, é rompíanle las armas é mordíanle tan mal, que lo dejaban por muerto, mas non lo podian matar. De todas estas cosas que vió Corvalan en vision fué tan espantado, que mas non podia ser; así que, despertó dando voces de manera, que todos fueron maravillados cuantos con él estaban; é despues que hobo entrado en su acuerdo perdió mas de aquel miedo, é vestióse, é fuése para la mezquita á hacer oracion, é desdeque la hobo hecho, asentóse en un poyo de fuera cabe la puerta, su mano en su mejilla, é comenzó pensar en aquellas visiones que viera.

## CAPITULO LXXI.

Cómo la reina Halabra subió en la torre á hacer sus agujeros, é cómo supo que su hijo habia de ser deshonrado ó muerto, é cómo ella le rogó que non fuese allá, é él non quiso.

Oido habeis cómo la reina Halabra se partió de su hijo Corvalan, é luego que le dejó é se vino á su casa, subió en una torre muy grande é alta á maravilla, é hizo levar consigo todos los instrumentos de las artes del astrología é los libros por do ella entendió que podria mas saber de aquel hecho de su hijo, cómo le habia de acaecer en aquella ida que iba contra los cristianos; é desdeque hobo en todo mucho parado mientes, conoció por el nacimiento de Corvalan, é por el tiempo de la edad que habia ya pasado, que en todo caso, muerto ó mal andante habia de ser si aquella ida hiciere; é vió, otrosí, que este mal le habia de venir por los cristianos; é por estas dos cosas fué tan cuitada, que cayó en el suelo como muerta, é estuvo así una gran pieza, que nunca habló ni abrió los ojos; é cuando entró en su acuerdo, cató contra el cielo, é dijo así: «Señor Dios, si tú quieres que este poder hayan los cristianos sobre los moros, pidote merced que muestres en qué es mejor la su ley que la nuestra.» E en diciendo esto, parecióle que se abria el cielo é que veia á nuestro Señor é á toda la corte celestial; primeramente á la gloriosa vírgen santa María, su madre, é á todos los otros santos; é mostróle Dios la Trinidad tan abiertamente, que ella luego conoció toda la verdad así como era é es, é entendió todas las profecias é las escrituras que los santos hicieran sobre esta razon, é conocia que otra carrera non habia en el mundo de salvacion sino la ley de Jesucristo; é cuando todo esto entendió fué tan alegre, que por su grado nunca se quisiera partir de ver aquello, tanto le placia mucho; pero desdeque se le quitó de vista pesóle mucho, é la primera cosa que dijo fué que maldijo á Mahoma é á sus obras é á todos aquellos que en él creian, é despues lloró mucho, teniéndose por malandante por cuanto su ley creyera, é de cómo perdie-

ra sus dias é su tiempo en tan gran yerro como aquel; é desta manera, llorosa é muy triste, descendió de la torre é fué á la cámara do yacia Corvalan, su hijo, pensando hallarle ahí; é cuando vió que non era hí, fuése para la mezquita, é hallólo á la puerta, do estaba sentado, la mano en la mejilla é muy triste; é él, cuando la vió venir, levantóse é humillósele mucho, diciéndole que Dios le diese vida é alegría, é preguntóle cómo se levantara tan de mañana ó dónde venia; é ella le dijo en cómo habia pensado sobre su negocio é hacienda mucho, é que catara otrosí en su astrología, é que por ninguna destas dos cosas no entendia que le era buena aquella ida que queria hacer; é él respondióle que non le parecia que esto pudiese ser por ninguna manera; que cuanto tocaba en su hacienda, que la tenia él muy bien parada, ca era muy rico é muy poderoso, mas que cuantos hombres habia en tierra de Oriente, sino el soldan de Persia, su señor, con quien estaba él tan bien, que á su hijo é todo cuanto habia le metia en la mano, é que mas señor era de la su tierra que él mismo; é cuanto á lo que ella decia, que viera en su arte dél é de su hacienda, que aquello era cosa que él non tornaba cabeza, ca las estrellas non creia él que habian otro poder sino de dar claridad.—Par Dios, hijo, dijo la Reina, estas palabras non son de hombre cuerdo, ca aquel Señor que hizo las estrellas é todas las otras cosas, á cada una dellas dió su fuerza é su virtud, é él puso virtudes sin cuento en las piedras é en las yerbas, que son cosas bajas é que se dañan cada dia, é non podría ser que muy mayor no la pusiese en las estrellas, que son cerca dél, é que nunca pueden dañarse; é por ende, el que aquello descrea, non cree bien en Dios. E estonce Corvalan respondió que non queria con ella entrar en razon, lo uno, porque era su madre, é lo otro, porque era mas sabia que él; mas que le rogaba que le soltase un sueño que soñara esta noche, de que estaba muy espantado; é ella dijole que gelo dijese, é él contóle así como habeis oido; é cuando ella oyó el sueño, hobo muy gran pesar é perdió toda la color, é llorando, dijole así: «Hijo, agora puedes entender que te ama nuestro Señor, ca te mostró en este sueño que non vayas allí donde quieses ir, lo uno, porque es tu daño, y lo otro, porque vas contra su voluntad; ca bien sepas ciertamente que el pueblo de los cristianos es suyo libre é quitó, é á malo mas que á todos los otros, é quien á ellos hace guerra, con él mesmo guerrea; é nunca en este mundo ni en el otro puede haber bien al cuerpo ni al alma; por que yo non queria que fueses contra el su mandado en ninguna manera; é de aquí adelante te diré lo que muestra el sueño, porque conozcas que es verdad lo que te digo, é que dejes de hacer esta ida. Aquello que tú decias que te veias que andabas fuera de la cibdad de Roma, mirándola en derredor é teniendo en poco el su poder, esto fué el tu poco seso, que te fiabas mucho en la ley de Mahoma, é despreciabas la ley de los cristianos; donde aquel ruido que veias que se movia dentro en la cibdad, es la virtud de Dios é el poder de la santa Iglesia, que comenzó de allí de Roma, que es cabeza de la cristiandad, é tiéndese por toda la tierra de los cristianos; é todos cruzados é de una voluntad pasaron la mar por fuerza de hombres é de navios, á seme-

C.-U.

janza de la tempestad que tú veias, que era el nublado vuelto de negro é de bermejo; bien así vinieron ellos en aquella semejanza, quemando é esparciendo sangre é destruyendo las tierras de los moros, é venciendo grandes batallas é matando muchos hombres honrados, é ganando las grandes villas é otras fortalezas, hasta que cercaron la cibdad de Antioica. Que quiero que sepas ciertamente que la ganarán, é que non lo dejarán por tí ni por cuanto poder los moros ayuntar pudieren; ca la ira de Dios es venida sobre ellos por la ley falsa que creen; é non te digo tan solamente que ganarán á Antioica, mas á toda la tierra é aun á la cibdad de Hierusalen, que es casa de Dios é lugar verdadero de oracion. E aquel grifo que tú veias encima de la torre de David, será uno de los mas honrados hombres de la hueste, que escogerán los cristianos por rey, é le alzarán por señor de toda la tierra; é porque esto creas mas ciertamente, quiero que sepas que este será el duque Gudufre ó uno de sus hermanos; ca á este linaje ha Dios otorgado el reino é el señorío de aquella tierra. E el huego grande que veias, é las llamas que iban contra el cielo, será muy gran poder de moros, de los cuales sus nuevas é ruido subirá mucho en alto é sonará por toda la tierra, é aquellos cristianos vencerán todo el poder de los moros, por su bondad. E el leon que salia de aquel huego, que te heria en el escudo é te derribaba, creas que será aquel duque Gudufre que te dije que sería rey. E el tu escudo, que te parecia que te fendia por medio, é será que matará á aquel que tú llevas ante tí por caudillo é por señor, é non le podrás acorrer aunque quieras. E sobre todo esto, llagarte han mal el cuerpo; así que, con fatiga de las llagas, asconderte has en una cueva, en que pensarás guarecer, do te hallarán siete pastores de los que guardan el ganado de los cristianos, é herirte han de manera, que te pensarán haber muerto. Mas non querrá Dios que tú allí mueras, antes serás despreciado de todas las gentes é denostado del soldan, tu señor, é juzgado é condenado para muerte; é Jesucristo, que es piadoso, non mirará á los tus pecados ni á la tu soberbia, mas hacerte ha librar de aquesta cuita por los cristianos, porque entiendas que non es otro poder sino el suyo en el cielo é en la tierra; é aquellos camellos desollados que tú veias, serán los moros, que morirán tantos dellos allí, que todos los caminos é los campos por do huyeren serán cubiertos; por que querria que non fueses en esta ida que quieres ir por ninguna manera, nin levases en tu guarda al hijo del Soldan; que sepas ciertamente que non gelo podrás dar vivo ni muerto, así como gelo prometiste.» Cuando Corvalan entendió la razon que su madre le dijera fué muy sañudo, é con mal talante que le hobo, dijole así: «Siempre lo oí decir, é agora veo que es verdad, que la mujer, despues que envejece, pierde el seso é dice palabras locas é muy sin razon; é por ende, non la debe hombre creer de ninguna cosa que diga; é, madre, así me parece que me acaesce á mí con vos, ca sois muy vieja é decis palabras locas é sin seso, ca de una parte, denostádes á Mahoma que vos da vida é vos mantiene en este mundo, é de otra decis que el poder del Soldan ni el mio non es nada contra el poder de los cristianos; por ende, si yo bien hiciere, debíais desollar viva,

15

como el rey Bertolais hizo á su madre, porque denostaba á su ley. Mas tanto vos digo que si de aquí adelante mas hablais en estas razones, que os haré cortar los cabellos por encima de las orejas é los paños sobre la cinta, é mandarvos he traer por la villa toda á vista de toda la gente, que hagan de vos escarnio.» Cuando esto hobo dicho Corvalan, respondióle la Reina, su madre, muy sañudamente, é llorando, le dijo así: «Hijo, bien conozco que es verdad lo que tú dices, ca só muy vieja é no he tanto seso como había menester; mas tú, que me lo retraes á mala parte, haces como malo; que ningun hombre bueno debe de decir mal del vientre de que salió. Por ende, ruego yo á aquel que nació de la virgen santa María que, por el su poder, él cohonda é destruya é abaje el tu orgullo é la tu soberbia, así como hizo á Seon (1), rey de amorreos, é á Nabucodonosor, rey de Babilonia, que anduvieron gran tiempo por los montes, locos, sin seso, paciendo las yerbas, como bestias; é sobre esto, de aquí adelante no habrémos mas razones, é yo irme he para mi casa, é tú irás aquel fado que de Dios ordenó, de que non puedes estorcer por ninguna manera.» E cuando ella esto hobo dicho, levantóse é comenzóse de ir á su casa, haciendo el mayor llanto que podría ser, maldiciendo la hora en que naciera, é quejándose mucho contra Dios, porque le diera tal hijo, que la deshonraba de su palabra é de quien había de haber prestó gran pesar, é que non la queria creer ninguna cosa que dijese; é diciendo estas palabras é otras muchas doloridas, encerróse en su cámara é estuvo llorando así, haciendo gran duelo todo aquel día é toda la noche, que nunca durmió ni quiso comer ni beber. Otro día en la mañana envió por los mas honrados hombres que hí eran, é rogóles que consejasen á su hijo que se partiese de aquella ida, é si non, que bien supiese ciertamente que non podría ser que non fuese muerto ó preso, ó desbaratado con muy gran deshonra. Ellos rogárongelo muy afincadamente, así como gelo ella dijera. Mas él, por ruego que le hiciesen ni por otra cosa ninguna lo quiso dejar, ante movió otro día de mañana con muy gran hueste, é fuése derechamente para allí do era el Soldan para partir con su hijo; é ella, cuando esto vió, fuése en pos dél, é mandó cargar muchos camellos de oro é de plata para dar al Soldan é á los otros de su corte, que pensó que por dádivas lo podría estorbar; mas, por cosa que dijese al Soldan, ni prometiese á él ni á sus privados de su corte, non lo pudo destorbar; ante le dijo el Soldan que se tornase para su tierra, ca ella le embargaba toda su hueste, pues que á Corvalan queria tornar d'aquella ida; é Corvalan mesmo le dijo que si non se tornase luego, que la haría quemar viva; pero, por todo eso, non se quiso ella tornar, ante se fué en pos dellos, é posaba siempre cuanto media legua de su hueste, é cada día iba á su hijo é le rogaba que se partiese de aquella ida. É cuanto ella mas gelo decía, tanto le respondia él peor, é mas la denostaba é menos la queria creer. E la hueste de los moros era tan grande, que bien estimaban por la cuenta de sus nóminas cuatrocientos mil hombres de caballo; que la gente de pié non podría hombre contarla, ca tantos eran, que non parecia sino langosta,

(1) Es Sehon, rey de los amorreos.

así cubrían toda la tierra, é hiciérale el Soldan levar vianda para un año, é la mitad levaban ellos consigo, é la otra les hacia levar á los vasallos de todas las tierras que eran de su señorío, é habían de partir en pos de aquella hueste á cabo de un mes; é Zaifadola, hijo del rey de Antioea, era ido adelante para su padre, é levaba la seña que le diera el Soldan é cartas dél é de su hijo, é de Corvalan é de todos los otros hombres honrados que iban en aquella hueste, de cómo les levaban el mayor acorro que nunca á otros hombres levaran.

#### CAPITULO LXXII.

Del acuerdo que hobieron entre sí los de la hueste que enviasen á Baldovin é á los otros que les enviasen viandas, é cómo un turco tiró un virote vano con una carta á Tranquer.

Segun la historia contó, los cristianos que estaban sobre Antioea desbarataran é vencieran los siete soldanes que la vinieran á acorrer. Otrosí encerraron al rey Arquílis é toda la villa, é los metieron por medio de la puerta de la puente, donde recibieran los moros muy gran daño, que nunca osaron salir á lidiar con ellos; así que, con necesidad grande hobieron de enviar á rogar al gran soldan de Persia que los acorriese, segun ya dijimos, é de aquel mensaje que allá fué, los cristianos non sabian parte. El duque Gudufre é los otros hombres honrados que eran en la hueste hobieron su acuerdo, tal que, pues Dios les hiciera tanto bien contra los moros, que los tenían cercados é encerrados, de manera que no osaban salir á parte del mundo, que enviasen á Baldovin de Roax, hermano del duque Gudufre, é á los otros hombres honrados que eran señores de las tierras que habían ganado de los moros, que les trujesen viandas, é ellos entre tanto que se llegasen á la villa lo mas presto que pudiesen. É en tanto que ellos así estaban, enviaron á Baldovin é al conde de Flándes é á Tranquer, que viesen las posadas que mas cerca de la villa podrían tomar sin recibir daño; é mientras veían las posadas, un almirante que había en la villa, de los mas honrados, á quien llamaban Magdalis, pensó cómo podría hablar con Tranquer de manera que los otros moros non lo supiesen; é mandó hacer un virote de arco, muy bien pintado á maravilla é muy hermoso, é hizole hacer la cabeza muy grande é hueca de dentro, é metida una carta, en que le enviaba decir que queria hablar con él cosas que serian muy grande provecho suyo é de todos los cristianos de la hueste, é cerróla con una tabla muy sotilmente hecha, é cuando vió que Tranquer pasaba en derecho dél tiróle el virote con un arco, é dióle en los pechos sobre el peripunte, mas non le hizo mal alguno, é cayó el virote en tierra. É Tranquer, cuando lo vió, mandó que gelo diesen, porque le pareció muy hermoso; é desque lo tomó en la mano é sintió que era tan liviano, maravillóse mucho, é cató la cabeza dél é entendió que era hueca, é pensó que alguna cosa yacia dentro, é encubrióse de los otros que con él andaban, que non quiso que gelo sintiesen, é levólo así en su mano, como por razon que era hermoso; é cuando fué en su posada abriólo, é halló aquella carta, é apartóse con un escribano suyo é mandógela leer, é desque entendió lo que le decía, envióle luego á decir por un escudero que le placía mucho

de aquella vista, é otro día de mañana que viniese para verse con él, é hiciéronlo así. Otro día, ante que saliese el sol, cabalgó Tranquer en su caballo, é non quiso levar consigo mas de dos compañeros, é vistieron sus lorigas é sus espadas ceñidas, é llevaron capacetes cubiertos de paños hechos en manera de sombreros; é mandó á docientos caballeros que se aparejasen de aquella mesma manera, é que fuesen apartados dél una pieza, en manera que si por aventura los moros quisiesen hacer alguna traicion, que le pudiesen acorrer, é hizo levar azores é gavilanes é podencos, porque semejasen que andaban á caza. Mas el almirante Magdalis é otro su cormano, que levó consigo, que había nombre Valangar, non se vistieron desta manera, antes venieron vestidos de los mas ricos paños que pudieron haber de seda é de oro é con piedras preciosas; así que, el atavío de los sus paños valia muy gran dinero, é levaron consigo trecientos caballeros, é mandáronles que fuesen alongados dellos una gran pieza, é iban muy bien armados; é aquello non lo hacian ellos por reguarda que hobiesen de Tranquer, sinon porque pensasen los otros moros que habían placer de guardar la villa, é porque non entendiesen que hablaban en pleitesía, sinon cosas de placer é de alegría. Desta manera que habeis oido se fueron á ver á Tranquer aquellos dos almirantes; é cuando llegaron unos á otros abrazáronse mucho, é descendieron todos tres en un prado, é asentáronse, é comenzaron á hablar primeramente en preguntarse de su salud, despues loar su gente cada uno é los hechos que hacian; é despues dijo el almirante Magdalis á Tranquer que se maravillaba mucho porque habían tomado aquella porfia de estar tanto en aquella cerca; que bien veían ellos que Antioea non era villa que pudiesen tomar por fuerza, ni por combatir ni por otra cosa, si por hambre non fuese, de lo cual ellos estaban muy bien guardados, que tenían que comer bien para veinte años ó mas; é por ende, se maravillaba; que non era discrecion estar allí perdiendo sus dias é despendiendo sus riquezas en balde. A esto respondió Tranquer, é dijo que bien era verdad que Antioea era de las fuertes ciudades del mundo; mas, pues ellos los tenían encerrados, que non podían salir á ninguna parte, que mas fuertes eran las sus tiendas que su muro ni todas sus fortalezas; é de lo que decía, que habían abasto de vianda, dijole que mas tenían en la hueste que no ellos, que á los de la villa non les podía venir de ninguna parte, é á los de la hueste llegaba por mar é por tierra; por ende, que crecia cada día vianda á ellos é menguaba á los de dentro; é á lo que decían, que perdían sus dias é su tiempo é sus riquezas, respondióle que ante creían sin duda que los ganaban, que así los despenderían en otro lugar cualquiera; é pues despenderlos allí habían por mas valía, porque era en servicio de Dios. Cuando esto oyó el Almirante, bajó la cabeza é estuvo así una gran pieza que no habló, é despues dijo á Tranquer así: «En-gañados sois los cristianos, que non sabeis de cómo hemos enviado al gran soldan de Persia por acorro, que será agora ahina aquí tan grande gente, que vosotros non podréis guarir por ninguna manera que muertos ó presos non seades.» A esto respondió Tranquer que ellos non vinieran allí sinon por ganar la tierra para ser-

vicio de Dios ó por morir allí, é que non hicieran cuenta en su venida si vernían sobre ellos muchos moros ó pocos, mas que con cuantos fuesen aventurasen sus cuerpos á vencer ó morir. Cuando esto oyó el Almirante, paróse muy triste é estuvo así una gran pieza, é despues dijo á Tranquer que mucho seria mejor que hobiese entre ellos alguna avenencia, porque fuesen amigos, é Tranquer le respondió que si la quisiesen traer tal que fuese á su pro é á su honra, que de grado la tomaría él. E sobre esto le respondió el Almirante, como quier que se le agraviaba mucho, que le parecia que había ahí una carrera por que podría ser, é esto era que diesen gran tesoro á los cristianos, é que se fuesen á morar ese invierno á la tierra que habían ganado de los moros, é al otro verano, si quisiesen haber paz con ellos, que les darian mas tesoro, é si no, que hobiesen su guerra. Tranquer le dijo que non anduviesen alongando palabras; que otro partido ninguno habrían con ellos, sino que les dejasen la villa del llano en llano, é que se fuesen su camino. Sobre esto el Almirante estuvo así una pieza que no habló, é despues dijole, suspirando: «Pues que agora esto non puede ser, idvos para los cristianos é hablad con ellos, é yo iré á la villa é hablaré con los moros, si pueden hacer esto que vos quereis.» Cuando esto hobo dicho el Almirante, partióse la habla, é Tranquer tornóse para los cristianos, é el Almirante para la villa. Esta habla non duró tan poco, que non fuese desde la mañana fasta hora de nona; así que, algunos cristianos hobo en la hueste á quien pesó mucho porque tanto durara; é Tranquer se fué luego para Boymonte, é asentáronse á hablar un gran rato, é contóle todas las razones que hobiera con aquellos dos almirantes. E otro día de mañana tornáronse Boymonte é Tranquer, é fuéronse á la tienda del duque Gudufre, é hicieron hí ayuntar todos los hombres honrados que eran en la hueste, é Tranquer comenzóles á contar todas las palabras que hobiera con el Almirante, é sobre esto hobieron muchas razones, que los unos decían que seria el partido mejor de una manera, é los otros de otra. En cuanto ellos así estaban hablando, oyeron en la villa muy gran ruido de trompas é de atambores é de todos otros instrumentos que había, é maravilláronse qué era, é non lo pudieron saber ese día; mas cuando fué á la noche llegaron otros mensajeros de sendas partes, cristianos que eran armenios é moradores de aquella tierra, é contóronles cómo el rey de Antioea enviara su hijo al gran soldan de Persia por acorro é prometiéndole que le daría la villa, é el Soldan que enviara hí su seña é un almirante, su pariente, que había nombre Zahadin, que recibiese el alcázar por él, é que les hacia saber que ahina les enviara su hijo Bahadin é á Corvalan, su alguacil, con el mayor acorro de gente que nunca fuera enviado á otros hombres; é como aquel almirante, pariente del Soldan, había recibido el alcázar por él, é puesto la su seña en la mas alta torre que había; é que por eso hacian los moros aquella alegría; é que los reyes é los almirantes de toda la tierra en derredor hobieron su acuerdo con los de Antioea cómo acometiesen á los cristianos; los unos de la parte de la villa, é los otros de fuera; é si quisiese Dios